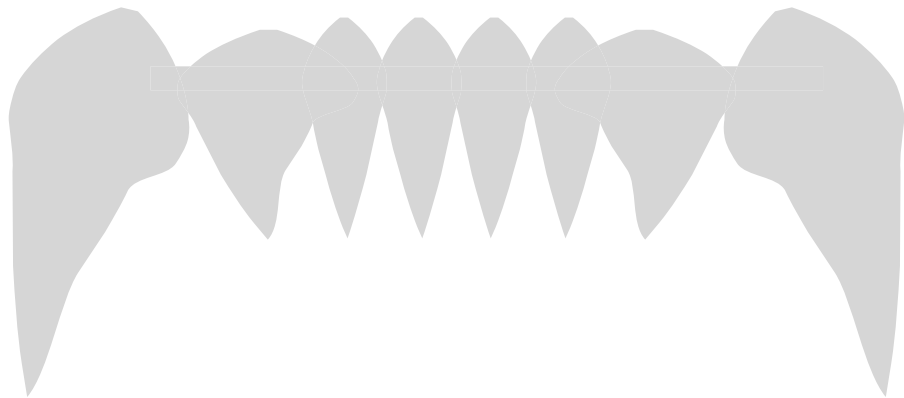


La autora bestseller mundial y sensación de TikTok

ALI HAZELWOOD

ALFA





ALFA



ALI HAZELWOOD

Traducido del inglés por Patricia Sebastián

FAERIS



*A las usuarias de LiveJournal tehdirtysock, the_miss_lv
y pianoforeplay, así como a las prompters anónimas.
Estéis donde estéis, espero que os vaya todo fenomenal.*

PRÓLOGO



La chiquilla estaba bien enseñada, aunque el mérito no era de su familia, sino de la propia vida. Cuando echaron la puerta abajo y ella corrió hacia su madre, no fue para buscar consuelo, sino para proporcionarlo. *Ven conmigo*, quiso suplicarle, aunque no le salieron las palabras, por lo que le tiró de la manga. *Ven conmigo. Es mejor así.*

Sin embargo, la madre se zafó y no le dedicó ni una sola mirada a la niña, que no tuvo más remedio que refugiarse sola en el piso de arriba. Había un hombre durmiendo en la habitación, un licántropo cruel y desagradable que la asustaba casi tanto como las personas que habían irrumpido en la casa. Aun así, lo despertó para avisarlo.

—Intento descansar un rato para variar, joder —rugió él, apartándola. La chiquilla se agachó antes de que la golpeará—. Como no te calles... —Se interrumpió al darse cuenta de que algo no iba bien.

La niña buscó un escondite con la mirada y se metió en el armario.

Durante un rato, aquello fue todo. Se abrazó las rodillas, envuelta por el olor rancio de la ropa vieja. Cuando los gritos dieron comienzo, empezó a contar. Los de la casa siempre la llamaban estúpida, pero ella sabía contar hasta mil, y los números, amontonados uno tras otro en su cabeza, ahogaron los gemidos de dolor, los insultos y los crujidos de los huesos al romperse.

Guardó silencio, pese a que los ruidos se oían cada vez más cerca y más fuerte.

Doscientos cinco. Doscientos seis. Doscientos...

Un charco viscoso de sangre se filtró por debajo de la puerta y la niña fue incapaz de contenerse más. Su exclamación ahogada rebotó en las paredes del armario abarrotado antes de que pudiera taparse la boca. En aquel instante comprendió que podía darse por muerta.

No. No, no, *no*.

Sin dejar de temblar, se mordió el labio y le rezó al Dios antiguo de su madre. En la oscuridad del armario, no distinguía el color de la sangre. *Tranquila*, se dijo a sí misma, acurrucándose en un montón de sábanas viejas. Las súplicas habían cesado unos momentos antes, pero todavía se oía a alguien moviéndose por la casa. Tal vez fuera su madre. Puede que estuviera subiendo para ir a buscarla...

La puerta del armario se abrió de golpe. Una figura oscura bajó la mirada hacia ella, que vio cómo la luz del techo enmarcaba su alta silueta con un halo dorado.

Era la muerte. La forma que encarnaría la muerte si se tratara de una persona.

Presas del pánico, la niña abrió la boca y se llenó los pulmones de aire, a punto de echarse a gritar. Pero el hombre se llevó el dedo a los labios y la simple orden la dejó paralizada.

—No me van mucho los gritos —explicó él, acercándose. Detrás, vio el cadáver del licántropo al que había intentado avisar; un líquido verde oscuro le rezumaba de la herida del cuello.

Y ella iba a ser la siguiente.

—No te sientas mal. No es porque hayas hecho ruido. —El tono grave y profundo de la muerte atravesó el silencio. Paseó la mirada por la habitación, distraído, como si estuviera buscando algo—. Te he oído nada más entrar. —Se agachó hasta ponerse a su altura, pisando la sangre sin miramiento alguno.

A la niña le castañetearon los dientes de miedo. *Suplicale*, le ordenó una voz. *Suplica*. Pero fue incapaz de abrir la boca.

—¿Estás arriba? —gritó alguien desde la planta baja, y la chiquilla dio un brinco, sobresaltada. Intentó armarse de valor, pero las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas. Al darse cuenta, una expresión de desagrado se apoderó del rostro del hombre, idéntica a la que ponía su madre cuando ella se quejaba de su nueva vida.

Debilucha. Llorona. Egoísta.

Con un suspiro, alargó la mano hacia la niña y esta cerró los ojos. Perdida en el tumulto de sus latidos, lo único que deseaba era que todo terminase enseguida. *Que sea rápido. Me da igual que me duela con tal de que sea rápido.*

Pero entonces un pulgar le enjugó con suavidad las lágrimas, y ella abrió los ojos de golpe.

—¡Eh! —Otra voz llegó desde las escaleras, esta vez más cerca—. ¿Necesitas algo?

El hombre dejó sus ojos negros clavados en ella. Volvió a suspirar.

—Llama a los servicios sociales.

—Joder. ¿Cuántos son esta vez?

—Una.

El hombre contrajo el músculo de la mandíbula mientras le daba una última pasada con el dedo.

—No llores. O sí, lo que quieras. Pero es mejor así. Espero de corazón que no tengas que volver a pasar por un día como el de hoy.

—Curvó los labios en una leve sonrisa—. ¿Cuándo comiste por última vez?

Ella parpadeó, sorprendida por el cambio de tema. Lo cierto era que no se acordaba. ¿El día anterior? ¿Hacia dos días?

—Venga, vamos a buscarte algo calentito.

Él extendió los brazos, y ella, como no podía sortear el charco verde por sí sola, dejó que la cogiera en brazos, sin saber muy bien por qué permitía que un asesino la llevara escaleras abajo. *A lo mejor también ha ayudado a mamá,* pensó, sabiendo que el hombre tenía la fuerza suficiente para ello.

Sí, seguro que sí. Tenía la certeza de que estaban yendo a buscarla en ese preciso instante, de manera que enterró el rostro en el cuello del desconocido y dejó que los lentos latidos de su corazón la tranquilizaran. Y como era algo que sabía hacer, empezó a contar hasta mil una vez más.

CAPÍTULO 1



*Ella lo desarmó por completo y lo transformó.
Tardó menos de un segundo.*

En la actualidad

Si existiera una noche ideal para morir, no sería esta. Todo va fatal. Podría echar pestes del chaparrón que acaba de caer, del modesto tamaño de la luna, similar a un diente de ajo, y del móvil sin batería que descansa sobre mi mesita de noche. Sin embargo, lo peor de todo es que no llevo más de dos prendas de ropa: las bragas y una camisola. Ambas resultaban del todo adecuadas bajo mi mullido edredón. Por desgracia, me lo he dejado en la cabaña. Tras despertarme a la una de la mañana y ver que alguien estaba intentando entrar.

Estamos en otoño. En un sitio que habría llamado Oregón hace más o menos un año, cuando, inocente de mí, todavía creía que era humana. Ahora que mis genes licántropos han tomado las riendas de mi organismo, cuestiones como la cartografía o las fronteras me resultan sumamente triviales, aunque el meollo del asunto sigue siendo el mismo: en noviembre hace un frío que pela en el noroeste y yo voy demasiado ligera de ropa.

Vaya faena, digo para mis adentros mientras me apresuro a esconderme detrás de un pino Oregón. Con la respiración agitada, me miro fijamente la mano, que sigue teniendo forma huma-

na. Visualizo el cambio, rezando para que mis uñas mordidas se conviertan en garras.

Conviértete en lobo, Serena. Haz el puto favor de convertirte en lobo o te juro que...

Que *nada*. Mi cuerpo se niega a obedecer. Levanto la vista al cielo, pero la supuesta fuerza de atracción de la luna apenas me provoca un leve cosquilleo. Tras un débil quejido, reanudo mi huida por el bosque, con los pies resbalándose en el barro. Una decena de cortecitos me surcan las plantas y las espinillas. Cuanto más corro, más disminuye mi esperanza de que la tierra del suelo camufle el olor a hierro de mi sangre.

Y llevo corriendo un rato.

El intruso me persigue. Avanza hacia mí. El viento me trae su aroma, cada vez más próximo, y no me gusta lo que me cuenta. Vampiro. Adulto en la flor de la vida. Impaciente. La emoción de la cacería lo estimula, y yo noto su excitación en el fondo del estómago. Pero, por repugnante que resulte, es el menor de mis problemas, ya que, si soy capaz de olerlo de forma tan clara, es que hay muchas posibilidades de que esté lo bastante cerca como para...

—Joder, ya era hora. —Las palabras silban junto a mi oreja como si fueran balas. Un instante después, me estrello de espaldas contra un árbol. No sé qué es lo que más me duele: la corteza clavándoseme en la piel, la fuerza con la que el vampiro me coge la garganta o su hedor nauseabundo.

El bosque está completamente a oscuras. Los licántropos son capaces de ver en la oscuridad sin problema, pero solo la mitad de mis genes pertenecen a dicha especie, por lo que mi visión nocturna varía según el día. Aun así, la sed de sangre del vampiro es inconfundible. Igual que el cuchillo que lleva en la mano.

—Eres bastante lenta, ¿no?

No jodas. Evito poner los ojos en blanco y me obligo a soltar un gemido de impotencia.

—Por favor —suplico. De pronto, su aroma colma el aire, como si tener a una mujer a su merced lo excitara (hay que ver lo

previsible que es siempre esta gente), de modo que sigo con el numerito—. Por favor, no me mates. Haré lo que quieras.

—¿Lo que yo quiera?

He despertado su interés. Dejo escapar un quejido y abro mucho los ojos.

—Lo que sea.

Me recorre de arriba abajo con la mirada, como evaluando mi utilidad: tráfico de órganos, caldo de huesos, abono para el jardín... A diferencia de mí, es muy rápido. De un modo casi sobrenatural. En un abrir y cerrar de ojos, desliza el cuchillo por la parte frontal de mi camisola de seda, rasgándola y acentuando el escote.

Puto cabrón.

No obstante, su aroma se dispara mientras me come con los ojos, lo que significa que está lo bastante distraído como para que yo pueda poner en práctica las clases de autodefensa a las que mi hermana me obligó a asistir.

Rodillazo en la ingle.

Cabezazo en la nariz.

Y, de regalo, un codazo en el estómago. A ver, ya puestos...

El vampiro suelta un gruñido. Masculla un «puta de mierda» y alguna otra frase del estilo, pero consigo zafarme de él. Tal vez no sea capaz de darle esquinazo, aunque sí puedo coger un puñado de tierra del suelo y tirárselo a los ojos, cosa que le provoca el daño suficiente para frenarlo. Busco a mi alrededor, desesperada, y... *Sí*. Localizo una piedra afilada e irregular y me agacho para cogerla.

—Puto engendro de los cojones.

El vampiro vuelve a abalanzarse sobre mí y me retuerce el brazo por detrás de la espalda. Dejo escapar un grito, pero no suelto la piedra. Por desgracia, me tiene cogida la muñeca en un ángulo en el que me es imposible darle un golpe.

En teoría, sé lo que toca hacer ahora —*acércate, agáchate, gira el cuerpo, golpea con la mano libre*— y vaya si lo intento. Es

una pena que el vampiro sea un luchador bastante competente y nada de ello funcione.

Ahí es cuando se me revuelve de verdad el estómago. Esto no va a acabar bien.

—Suéltame —le digo furiosa.

—Que te calles. —Su aroma avinagrado hace que me pique la nariz. Ahora está aún más excitado. Y yo más en la mierda de lo que ya estaba—. Aunque no se me permita matarte, puedo joder-te viva antes de...

—¿En serio? —Una voz masculina lo interrumpe. Procede de algún lugar entre los árboles. Un tono grave y lento, despiadado y distante al mismo tiempo. Nada podría desconcertar a esa voz—. ¿Eso crees, colega?

El vampiro se queda rígido. Antes de que pueda reprimir su reacción instintiva, huelo el aroma intenso y acre de su miedo.

Cierro los ojos. Los pulmones me arden y me obligo a inhalar poco a poco. Dejo que mis expectativas de los próximos diez minutos se adapten a las nuevas circunstancias, que tomen una forma que... sigue siendo horrible, sí, aunque un poco menos.

Koen.

Koen está aquí.

Todo saldrá bien.

El vampiro me da un tirón para colocarme delante de él y me acerca el cuchillo a la garganta. Me pregunto si pretende usarme como rehén o como escudo; un escudo de carne y hueso que apenas le llega a la parte superior del pecho.

—¿Qué haces aquí? —exclama.

Buena pregunta. Koen vive a varias horas de distancia y lleva casi dos meses sin pasarse por la zona, desde el día en que, a petición mía, me dejó en la cabaña con una tonelada de suministros, una mirada perforadora y un sarcástico «disfruta de tus charlas con los abetos, asesina» que no casaba con la intensidad de sus ojos.

—¿Acabas de preguntarme qué estoy haciendo en *mi* territorio? ¿Qué coño haces tú aquí, escoria?

Con unas pocas zancadas largas y pausadas, Koen emerge de entre la espesura.

Está diferente. Es cierto que nunca ha sido como los demás, pero algo ha cambiado desde la última vez que lo vi. Lleva el pelo negro recogido en la parte superior de la cabeza, luciendo una versión desaliñada y más larga de su último corte. Hace semanas que no se afeita y tengo la sospecha de que no está durmiendo todo lo que debería. Su presencia, sin embargo, me produce los mismos efectos de siempre: me brinda una base sólida y me ancla al suelo cuando estoy a punto de desvanecerme en el aire.

Alfa.

Su intenso aroma es inconfundible. Sólido y tranquilizador. El contrapunto perfecto al pánico del vampiro, que dice con un gruñido:

—Si te acercas, la mataré.

Koen se acerca, naturalmente. Con la placidez de alguien que jamás ha puesto en duda su capacidad para que el mundo se pliegue a su voluntad.

—Ajá. Serena, dice que va a matarte. ¿Te parece bien? —Su tono rezuma pura curiosidad intelectual. Sus ojos de color carbón relucen en la oscuridad.

—Teniendo en cuenta que me quedé sin fideos instantáneos la semana pasada... —grazno. Igual debería haberme quedado calladita, porque el vampiro no me disloca el húmero de milagro. Aunque el gesto divertido de Koen *casi* lo compensa.

—Eres Koen Alexander, ¿no? El alfa del noroeste.

—El mismo que viste y calza. ¿Y tú quién eres, colega?

—Eso da igual, como te acercas más...

Koen chasquea la lengua.

—Tienes que decirme cómo te llamas o tendré que inventarme yo el nombre. ¿Se te ocurre alguno, Serena?

Carraspeo.

—Bob no está mal.

—Bob el vampiro. Me encanta.

—No me llamo...

—Te llamas como la señorita diga, cachomierda. ¿Quieres contarme qué haces en mi territorio antes de que te arranque las pelotas y te las meta por el gaznate?

El vampiro no responde, pero me retuerce el brazo con tanta fuerza que la vista se me nubla y casi pierdo el conocimiento. Cuando me recupero, me doy cuenta de que está acercándose a su cuerpo.

—Tal vez sea demasiado valiosa para que la mate, pero puedo hacerle mucho daño.

—Pues venga. —Por primera vez desde que ha llegado, Koen me mira a los ojos. Soy incapaz de descifrar su expresión—. Esta chica aguanta lo que le echen, ¿verdad, Serena?

No sé cómo, pero consigo asentir: una mentira descarada. Y aun así... Puede que el dolor esté provocándome alucinaciones olfativas, pero me parece percibir lo mucho que mi gesto lo complace.

—¿Seguro? —pregunta el vampiro—. Al fin y al cabo, es medio *humana*.

—Y tú eres medio gilipollas, fíjate qué coincidencia.

—Todos van tras ella, ¿sabes? Todos los vampiros del continente llevan buscándola desde que dio aquella entrevista.

—Ya, fijo que hay un montón de gente que se muere por diseccionarla.

—Pero ¿sabes el pastizal que ofrecen por ella? —De pronto, la voz del vampiro adopta un matiz persuasivo—. Cuando les entregue a la híbrida, podré poner el precio que me dé la gana.

—Claro que sí. Y seguro que no se deshacen de ti justo a continuación.

El vampiro resopla.

—Ni que fuera tan imbécil. He sido el primero en dar con ella, pero no soy el único que va tras la recompensa. Vendrán más. En cuanto descubran que estás dándole refugio, acudirán en tropel. ¿Seguro que quieres pasarte la vida protegiendo a

una medio humana? Haz la vista gorda y deja que te la quite de encima.

—Podrías currarte un poco más la oferta, Bob. Es floja de cojones. —Koen extiende los brazos—. ¿Qué saco *yo* de esto? Se supone que debes ofrecerme algo a cambio. Dividir la recompensa conmigo, lavarme el coche...

—Dicen que es tu compañera.

Es como si el bosque oyera las palabras. Como si las entendiera. Durante un instante, cada criatura, cada hoja, cada gota de agua permanece inmóvil, como esperando la reacción de Koen.

—¿Eso dicen? —Avanza hacia él sin perder la calma. Está dando un paseo nocturno. Explorando un museo. Libre de toda preocupación.

—Sí. ¿Y sabes qué más dicen?

—Me juego lo que quieras a que me lo vas a contar.

—Que te rechazó.

—Vaya golpe más bajo, ¿no? —Koen no parece estar sufriendo—. Y la conclusión a la que has llegado es que dejaré que te la lleves sin más para cobrarme así mi venganza.

—¿No sería lo mejor? ¿Quitártela de encima de una vez por todas?

Koen levanta la mano, cosa que sobresalta al vampiro. Sin embargo, se limita a masajearse la sien como el típico padre que está hasta los huevos. Preguntándose por qué su retoño acaba de meterse otro lápiz de cera por la nariz.

—Macho, voy a tener que matarte y Jorma me obligará a rellenar una puta tonelada de papeleo. —Suspira, y el rastro de impaciencia de su voz me hiela la sangre.

Aunque al vampiro no. Porque lo siguiente que dice es:

—Y es guapa, ¿a que sí?

Me quedo totalmente inmóvil. Igual que Koen.

—Y ahora mismo, no está en condiciones de rechazar a nadie. No hay respuesta.

—¿Pillas por dónde voy, *alfa*?

La actitud de Koen pierde toda pretensión de indiferencia. Cada átomo de su cuerpo se encuentra en estado de alerta, centrado en la presa. En *mí*.

—Como he dicho, es una preciosidad. No me importa dejártela en cuanto haya acabado con ella —sugiere. Los ojos de Koen se contraen hasta convertirse en dos puntitos contrariados; la aversión que transmite su aroma resulta tan evidente que hasta el vampiro es consciente de que debe recoger cable—. O podrías divertirte tú con ella. Y luego yo me la llevo sin decir ni mu. A ver a quién va a quejarse.

Un búho ulula a lo lejos. Contengo la respiración, esperando que Koen mande al vampiro a la mierda, pero el silencio se prolonga, su mirada se vuelve opaca y, al cabo de unos instantes...

Koen asiente.

Se me cae el alma a los pies.

No. Nunca se le ocurriría. Jamás.

—¿Koen? —digo. Mitad pregunta, mitad súplica.

—En mi defensa, Serena... —Koen levanta los hombros—. Siempre estás liándola, joder.

Se me pone la piel de gallina.

—No. Koen, no...

—Me he tomado la libertad de empezar —dice el vampiro, y, antes de poder preguntarme a qué se refiere, me baja la mitad desgarrada de la camisola por el hombro.

Koen contempla mi pecho casi desnudo como si no fuera más que un trozo de carne. Una ofrenda que evaluar. Algo creado para su uso y disfrute. Veo la extraña danza de sus pupilas y noto el cambio de su aroma antes de que murmure:

—¿Ves? Así se hacen los tratos. Sabía que tenías madera de negociador, Bob.

Vuelvo a rogarle a mi cuerpo que se convierta en lobo. Y este vuelve a ignorarme. Profiero un gruñido furioso y empiezo a patear, intentando por todos los medios zafarme del vampiro. Pero es más fuerte que yo, y lo más probable es que Koen sea más fuer-

te que los dos juntos. Aunque consiguiera noquear a alguno de ellos, seguiría jodida.

Aprieto la piedra que tengo en la mano, pero sigo sin poder mover el brazo y usarla.

El terror me recorre de arriba abajo. Me golpea el pecho.

—Toda tuya, alfa. Haz lo que quieras con ella. —El vampiro deja escapar una risa detestable. Baja el cuchillo y me hace avanzar unos centímetros sin soltarme las muñecas. Despide un aroma aborrecible, como si supiera que se me ha acabado el tiempo, que ha ganado—. Lo mismo le gusta y todo.

Koen reflexiona sobre el asunto mientras se acerca a mí lo bastante como para que note su calor; yo le enseño los dientes al tiempo que intento librarme del vampiro. Esto no puede estar pasando. *El alfa protege*, me dice la vocecilla licántropa que habita en mi interior. *El alfa es tu casa. Koen no es así.*

Aunque no lo tengo tan claro.

Koen se planta frente a mí, mirándome como si pudiera hacer lo que le diera la gana conmigo, y sí. Es exactamente así.

—¿Tú crees? —pregunta en voz baja y profunda, acariciándome el rostro con la mirada y posándola en mi pecho desnudo.

Se acerca aún más y su presencia me envuelve como un manto cálido. Su aroma me inunda las fosas nasales, seguro, apaciguador, tan asombrosamente perfecto que durante un instante me olvido del vampiro que me tiene agarrada por detrás y de las agujas de pino que tengo clavadas en las plantas de los pies.

—Por favor —susurro, pero no creo que Koen me oiga. Levanta la mano hasta mi rostro, me coge la mejilla y posa el pulgar en mi labio inferior.

—Dime, Serena. ¿Lo disfrutarías?

El pánico vuelve a apoderarse de mí. Niego enérgicamente con la cabeza. No. No.

—Pues en ese caso... —Suaviza la mirada y deja escapar un suspiro medio resignado, medio divertido—. Más vale que uses la piedra que tienes en la mano, asesina.

Tardo un instante en captar el significado de sus palabras y en darme cuenta de que el vampiro ya no está agarrándome la muñeca con tanta fuerza. Me cuesta tan poco liberar el brazo y clavarle el borde afilado de la piedra en el estómago que casi resulta anticlimático.

—Pero ¿qué...? —El vampiro se dobla sobre sí mismo. Me dispongo a golpearlo de nuevo, pero él se recupera y me tira al suelo. Levanta el cuchillo por encima de su cabeza y apunta a mi garganta—. Zorra de mierda...

Se interrumpe con un grito ahogado, como si acabara de tener una súbita revelación. Se me queda mirando, con los ojos desorbitados y la boca entreabierta, y casi me da la sensación de que va a... ¿disculparse? Luego, tras toser un hilillo de sangre violeta, pierde el equilibrio. Observo horrorizada cómo se desploma boca abajo a mi lado, sobre un rincón cubierto de musgo.

No vuelve a moverse.

Ni tampoco yo. No sé qué dirá de mí el hecho de que sea incapaz de apartar la mirada de las heridas en forma de garra que le cruzan la espalda. La sangre le mana a borbotones. El olor a hierro se mezcla con la fragancia terrosa del suelo.

Pasa un buen rato hasta que soy capaz de echar un vistazo a mi cuerpo —intacto de milagro, aunque prácticamente desnudo— y otro a Koen —calmado e impasible—. Cualquiera otra persona me ayudaría a levantarme, pero no el alfa de la manada del noroeste. En lugar de eso, meneas la cabeza con parsimonia y se limpia la mano con la que acaba de matar a un hombre en la camisa de franela. Los trazos morados crean un cuadro sorprendentemente bonito sobre la tela blanca y negra.

Tarda unos segundos en recordar que existo.

—Hola, Serena. —La intensidad de hace unos momentos se ha disipado y él se muestra indiferente. Tal vez sea consciente de que el más mínimo destello de compasión me haría caerme de culo. O puede que todo se la sude y siempre se la haya sudado—. ¿Qué tal la noche?

—Bastante tranquila —respondo con voz ronca.

—¿Sí? Tienes unas pintas que dan pena.

—No me digas. —Un sudor gélido me resbala por la sien y entre los pechos, los cuales me apresuro a tapar como puedo—. ¿Esas son formas de hablarle a tu querida compañera?

Arquea una ceja.

—Te dije que eras mi compañera, no que te quisiera.

Suelto una carcajada de indignación, pero al menos no estoy llorando. Me alegra poder conservar la poca dignidad que me queda cuando Koen me dirige una mirada fría y escrutadora y se agacha a mi lado.

—Tenemos que irnos —me dice.

—¿Adónde?

—A la Guarida. —Me levanta pasándome un brazo por debajo de las rodillas y otro por la espalda. El frío se convierte en un recuerdo lejano—. Se acabó el retiro en el bosque, asesina.